

Monumento erigido en el paso de las Termópilas en memoria de Leónidas y sus trescientos espartanos que murieron en el año 480 a. de J. C. luchando contra los persas invasores.

Triunfo de Atenas: Maratón y Salamina

Mientras Darío se esforzaba en sofocar la rebelión de los jonios en Asia, grandes novedades ocurrían en Atenas. No fue una revolución, sino una reforma, pero de trascendencia capital. Atenas se sirvió hasta Alejandro de la Constitución de Clístenes.

La facilidad con que Pisístrato y sus hijos se habían convertido en tiranos de Atenas probaba que las reformas de Solón eran deficientes y que, ya por haber concedido demasiado, o tal vez demasiado poco, había algo en la Constitución de Atenas que precisaba corregir. Clístenes, autor de la reforma que hizo viable la democracia ateniense, era de la familia de los Alcmeónidas, cuyos miembros tanto habían contribuido a la expulsión de los tiranos. Los cambios propuestos por Clístenes afectaban principalmente a lo que hoy llamaríamos "ley electoral", o métodos para conferir los cargos públicos, y así, sin cambiar apenas la organización del estado, Clístenes consiguió hacer imposible para el futuro la tiranía en Atenas.

Para entender bien en qué consisten las reformas de Clístenes, hemos de retroceder un poco en nuestro relato. Recordemos primeramente que los antiguos reyes de Atenas,

en quienes estaba, en un principio, concentrado todo el poder, fueron relegados al servicio del culto y hasta para mandar el ejército se creó un nuevo cargo de general en jefe, llamado *polemarca*. Además, desde tiempo inmemorial existía en Atenas el Areópago, o Consejo de Ancianos, cuyos miembros pertenecían todos ellos a las antiguas familias de los eupátridas. Los poderes de este Consejo no estaban bien determinados; como descendiente de los antiguos reyes, el Areópago había heredado lo que ahora llamaríamos el poder legislativo y el judicial, pero no tenía poder ejecutivo. El Areópago gobernaba por medio de nueve magistrados, llamados *arcontes*, cuyo cargo fue primero vitalicio, después por diez años y, finalmente, por un año. Además existía aún la *Ecclesia*, asamblea general de todos los cabezas de familia, comparable con el *Populus* romano tanto por sus derechos a la soberanía como por su ineficacia para hacer uso de ellos.

Convencido Solón de la imposibilidad de transformar la Ecclesia y el Areópago en asambleas más modernas, del tipo que hoy llamamos "democrático", creó un cuerpo gubernamental intermedio, de cuatrocientos diputados, a los que traspasó el poder legislativo. Al Areópago reservó la función, casi honorífica, de velar por la estricta aplicación de las leyes y el exacto cumplimiento de la Constitución. Los miembros del nuevo Consejo de los Cuatrocientos, según lo dispuesto por Solón, eran elegidos mediante sorteo, ciento por cada una de las cuatro tribus en que estaba dividida la población del Atica. Un método semejante se usaba para nombrar los arcontes; cada tribu elegía anualmente diez candidatos, y de estos cuarenta nombres se escogían nueve, al azar, para desempeñar el cargo durante aquel año.

La experiencia había demostrado que un ciudadano ambicioso, como Pisistrato, podía fácilmente hacerse suya una o varias de las cuatro tribus, intrigar a su gusto en el Consejo de los Cuatrocientos e imponer al pueblo todo su cacicato o tiranía. Las reformas electorales de Clístenes, para prevenir este peligro, se redujeron a aumentar el número de los miembros del Consejo, que de cuatrocientos pasó a ser de quinientos, elegidos también por sorteo; pero en lugar de las cuatro tribus prehistóricas, para los efectos electorales la población del Atica fue dividida, de una manera artificial, en diez nuevas tribus, agrupando de modo arbitrario en cada tribu las barriadas y pueblos más apartados y heterogéneos. Así, la elección se dejaba a la suerte, lo que para un ateniense del tiempo de Solón y Clistenes era lo mismo que confiarla a la voluntad de

Panorámica parcial de la antigua Atenas, con el Teseión al fondo. Las reformas llevadas a cabo por Clístenes restablecieron la democracia en Atenas, introdujeron en ella sensibles cambios y permitieron que la ciudad se alzara como campeona de las libertades griegas en la lucha que iba a entablarse con el Imperio persa.



LA POLITICA DE DARIO ANTE LAS CIUDADES-ESTADO GRIEGAS EN VISPERAS DE MARATON

Con las campañas de Escitia, Darío había impuesto la soberanía persa en Tracia y Macedonia. → Estados griegos sometidos a los persas.

La diplomacia persa asegura la no beligerancia de las pequeñas ciudades incapaces de una política exterior y de la gran Corinto, cuyos intereses se hallan en el Mediterráneo occidental. → Estados griegos neutrales.

Darío sostiene la política de Argos, enfrentada a Esparta, y de Egina, enfrentada a Atenas. → Estados griegos aliados de los persas.

Darío alienta la mutua rivalidad entre Esparta y Atenas, rotas sus relaciones por los intentos de intervención espartana en la política interior ateniense. → Sólo Esparta, que aspira a dominar la Grecia continental, y Atenas, que tiende a dominar la Grecia marítima, tienen motivos para enfrentarse a Persia.

Crisis interna en Esparta.

Crisis interna en Atenas.

Darío apoya a los partidos aristocráticos. Acoge a Demarato y a Hipias en su corte y apoya la creación de partidos filopersas en Atenas y Esparta. → Demarato, jefe de la facción aristocrática en Esparta.

Hipias trabaja para una restauración de la tiranía.

Enfrentamiento bélico de Persia con Esparta y Atenas.

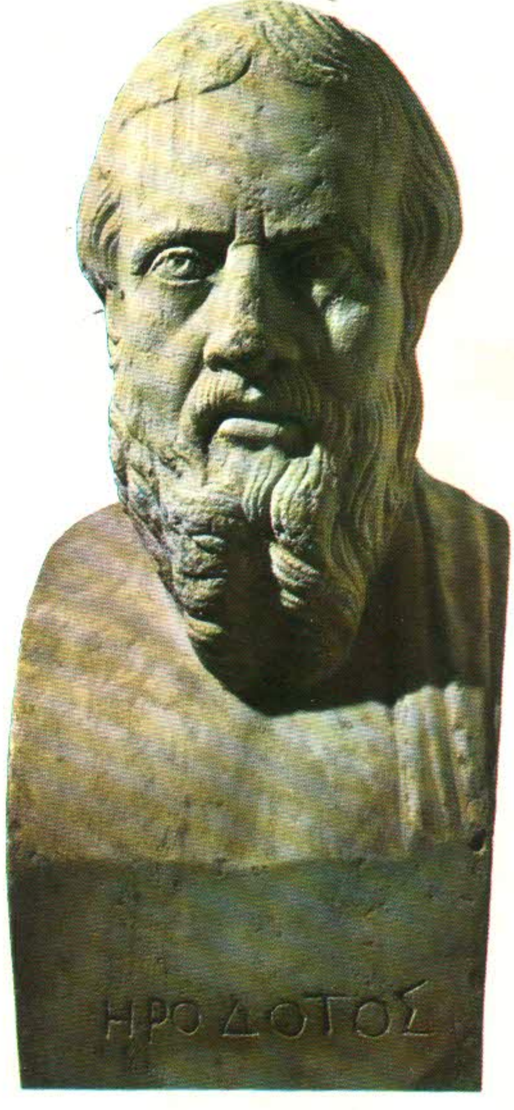
Cleomenes, jefe del partido democrático espartano.

Los Alcmeónidas, partidarios de las reformas democráticas de Clístenes en el Ática.

los dioses. Pero una vez designados los quinientos miembros, se inquirían los antecedentes de cada uno y el Consejo del año anterior tenía el derecho de rechazar a los que no creía dignos del cargo, lo que era una especie de veto.

Para evitar todo peligro de dictadura, se estableció una rara sanción, peligrosísima: el derecho del pueblo, reunido en Ecclesia o asamblea general, de desterrar a cualquier ciudadano que considerara demasiado ambicioso. Se llamaba *ostracismo,* porque la asamblea, después de escuchar las acusaciones, muchas veces sin prueba ni juicio, votaba escribiendo en *ostracas,* o pedazos de tiesto, el nombre del que se quería alejar de la ciudad, imposibilitándole así de desempeñar cargos públicos.

Como, por otra parte, era evidente que no se hubiera podido resolver rápidamente ningún asunto con una asamblea de quinientos ciudadanos, Clístenes dividió el año en diez períodos, aproximadamente iguales, y los cincuenta consejeros de cada una de las diez tribus resolvieron los negocios, con independencia de los demás, durante la décima parte del año. Estos cincuenta consejeros turnantes eran llamados *pritanos,* o presidentes, durante el período de su gobierno, y uno de ellos, que presidía el grupo, tenía que residir en el edificio donde se reunían los cincuenta mientras ejercía la presidencia. El *Tolos,* o edificio del Pritaneo, era de plan-



Busto de Heródoto, el historiador griego de las guerras médicas y la gloria de Atenas, a pesar de ser un dorio de las colonias de Asia Menor (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).

LAS LUCHAS POLITICAS ATENIENSES DURANTE LAS GUERRAS MEDICAS

En el transcurso de las luchas entre griegos y persas, Atenas no solamente estuvo acuciada por la necesidad de hacer frente al persa, sino que en el mismo seno de la ciudad las pugnas entre los diversos partidos políticos ponían trabas para alcanzar una mayor solidez con el fin de hacer frente a los peligros externos. Con la caída de la tiranía, en la ciudad había triunfado el partido de Clístenes y ello había ocasionado la ascensión al poder de los grupos democráticos. Las reformas acometidas por Clístenes habían trastrocado las bases de la antigua organización ateniense, basada en los lazos de sangre, para ceder su lugar a unos nuevos principios, en los que el lugar de residencia se iba a convertir en la célula primordial de la vida ateniense.

Junto al partido de Clístenes se encontraban otros bandos en Atenas. Los pisistrátidas aún tenían cierta fuerza en la ciudad, al igual que los Alcmeónidas, y, por otro lado, estaban los círculos oligárquicos que, dirigidos por Milcíades y Arístides, iban a agrupar numerosos adeptos durante todo este período. Los pisistrátidas y Alcmeónidas eran partidarios de los persas, ya que con su ayuda veían la posibilidad de conquistar el poder. Hipias, a su huida de Atenas, refugióse en la corte persa y había ido con los ejércitos persas a Grecia, esperando que sus partidarios se sublevarían en la ciudad y contribuirían a la victoria persa.

Heródoto nos narra uno de estos complots: "Corrió por válido entre los atenienses que por artificio de los Alcmeónidas formaron los persas el designio de aquella sorpresa, fundándose en que, estando ya los persas en las naves, levantaron ellos el escudo, que era la señal que tenían concertada". Esta conspiración se refiere a la primera guerra médica, en los momentos posteriores a la batalla de Maratón. Los persas, una vez derrotados, embarcaron en sus naves con el ánimo de apoderarse de la desierta, en aquellos momentos, ciudad de Atenas. Los atenienses llegarían antes a la ciudad, desbaratando estos planes y haciendo que los persas retornaran a su patria. Sin embargo, el mismo Heródoto pone en duda esta colaboración de los Alcmeónidas, ya que el plan pretendía restablecer a Hipias al frente de Atenas y precisamente los Alcmeónidas fueron los más perjudicados durante la tiranía.

La pugna principal sería la entablada entre los partidos democrático y oligárquico. Ambos diferían en la forma como debía llevarse la guerra. Los partidarios de la oligarquía querían llevarla por tierra, mientras los primeros veían en el mar la solución del conflicto. Esta disparidad no era accidental, sino que se debía a la diferencia de intereses de uno y otro bando. Los círculos oligárquicos tenían sus fuentes de riquezas en la tierra y, por tanto, su interés radicaba en alejar a los persas del territorio griego, mientras para los otros no se solucionaban sus problemas con expulsar a los persas, ya que sus actividades giraban en torno al comercio y la artesanía, necesitando no sólo alejar a los persas de Grecia, sino también alcanzar el dominio del mar, para con ello conseguir una mayor difusión en la venta de sus productos.

La conquista de la Jonia por Persia había supuesto la pérdida de importancia de las ciudades griegas de Jonia, las cuales habían ido cediendo su lugar a los fenicios, que formaban el núcleo de la flota persa. En la Grecia continental, el dominio del mar por los fenicios había originado una crisis de los centros industriales y artesanales. En esta coyuntura, las diferentes formas de actuación de las distintas facciones atenienses tienen una clara justificación.

En la batalla de Maratón triunfaría el partido de Milcíades, llegándose a una batalla por tierra que significaría un rotundo triunfo de las fuerzas atenienses. Sin embargo, esta victoria no iba a significar el fin de las hostilidades, debido a los enormes recursos persas y al dominio del mar, que aún persistía en sus manos. Por tanto, se iba a imponer otro choque que ya sería decisivo. Tras Maratón, las luchas entre ambos partidos se acentuarían, y un instrumento básico lo constituiría una de las instituciones creadas por Clístenes: el ostracismo.

Con la utilización del ostracismo fueron siendo expulsados de la ciudad los partidarios de la oligarquía, Arístides, Megacles y Jantipo. Milcíades, el vencedor de Maratón, había fallecido, con lo que quedaba despejado el camino para la creación de una flota. Faltaban los recursos para la construcción de naves, pero ello se subsanaría con la plata procedente de las minas atenienses del Laurion. El impulsor de estas medidas sería Temístocles, quien, con la flota recién creada, obtendría una grandiosa victoria en Salamina, que sería el comienzo del dominio naval ateniense y con ello el triunfo de la democracia en Atenas.

Con respecto a estas medidas, Plutarco veía que habían supuesto la salvación de Atenas: "Si con ellas perjudicó o no al orden y buen sistema de gobierno, ésta es una investigación de más alta filosofía; pero que la salud le vino a la Grecia del mar, y que aquellas galeras volvieron a levantar a la ciudad de Atenas de sus ruinas, además de otros argumentos, lo reconoció el mismo Jerjes...".

A. M. P.



Casco griego de la época de las guerras médicas.

ta circular y estaba en el ágora o mercado y cerca del edificio más antiguo del Areópago. Clístenes mantuvo en sus honores al polemarca, pero en virtud de la nueva Constitución, cada una de las diez tribus elegía un *estratego*, o general, para dirigir los servicios militares durante la décima parte del año.

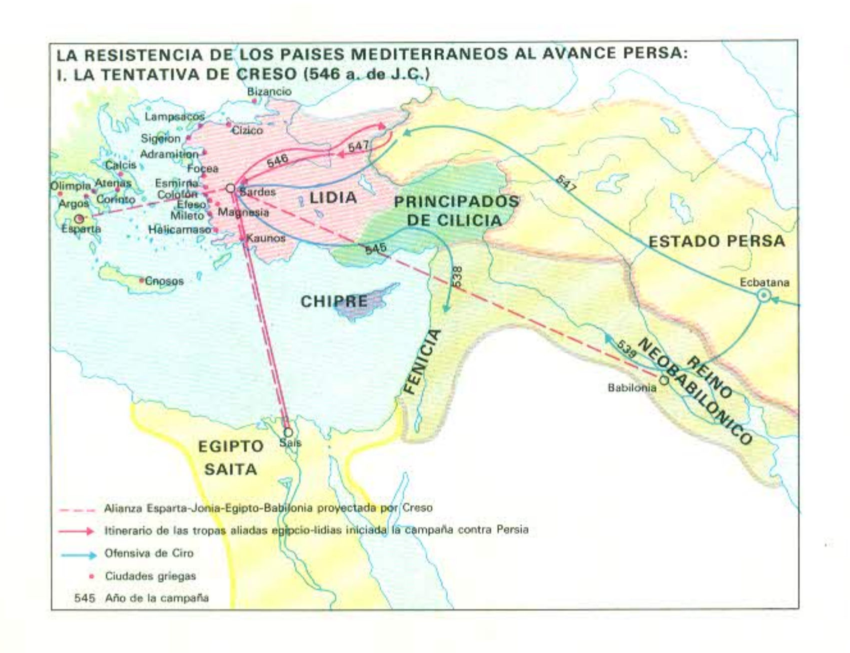
Esta es la obra de Clístenes, reformando y completando la Constitución democrática de Solón en Atenas. Hemos tenido empeño en presentarla con toda la claridad posible para que se advierta con qué extraña combinación de supervivencias del gobierno aristocrático en nuevos organismos democráticos se gobernó Atenas durante su período más glorioso. Hay que reconocer que Clístenes y Solón demostraron una fe tan absoluta en la



Palacio de Darío y Jerjes en Persépolis. El gran rey, que había extendido su poderío por toda el Asia y había pasado incluso a Europa (que en sus conocimientos geográficos es posible que no creyera separada de Asia), iba a desencadenar unas guerras que significarían el primer gran fracaso de su política y demostrarían la debilidad interior del gran conglomerado de pueblos que dirigía.

capacidad del simple ciudadano, que hasta ahora parece una imprudencia. Cualquier ateniense podría ser uno de los quinientos elegidos por la suerte. Sin estudios ni preparación alguna, podía un ciudadano cualquiera encontrarse al día siguiente revestido con el cargo de arconte o general. ¡Cuánta fe, qué entusiasmo, qué idealismo! Todavía hoy nos parece que una organización como la de la *demos* ateniense tenía que conducir necesariamente al más enorme fracaso, o que sólo podría subsistir en una pequeña comunidad rural, sin servicios especializados, donde no se requirieran técnicos ni experiencia preliminar... Y, sin embargo, esta democracia ateniense venció a los persas, humilló al gran rey que había intentado sojuzgarla con todos los ejércitos del Asia y transformó a Atenas, de una antigua ciudad provinciana que había sido hasta entonces, en el más importante centro de cultura que haya nunca existido en el mundo.

Y vamos primero a tratar de sus triunfos militares. Al darse cuenta sus vecinos de lo que estaba ocurriendo en Atenas, es natural que recelaran que aquella transformación se les contagiara y se tratara de establecer el mismo sistema de gobierno democrático en las ciudades donde todavía imperaba la tiranía o se gobernaban por un régimen aristocrático. Así es que en el año 508, antes de que las reformas de Clístenes comenzaran a regir, ya los espartanos intervinieron en los negocios de Atenas, tratando de imponer otra forma de gobierno. Derrotados vergonzosamente por un levantamiento en masa del



pueblo de Atenas, volvieron dos años más tarde a invadir el Atica, y esta vez con un ejército numeroso, en el que había destacamentos de Corinto, Tebas y Calcis. Pero cuando ya habían entrado los aliados en el territorio de Atenas, los soldados de Corinto empezaron a vacilar y, pretextando lo injusto de la causa que defendían, acabaron por abandonarla. Al presenciar esta deserción de los corintios, los espartanos tuvieron miedo de que se retiraran también los de Calcis y de Tebas y, ante el peligro de quedarse solos y ser vencidos por segunda vez, regresaron a Esparta sin combatir. Deshecha la coalición, consiguió Atenas fácilmente probar la fuerza de la democracia y atacar a Tebas y a Calcis, una después de otra. Así pudo extender las fronteras de su territorio, anexionándose a Platea, que dependía de Tebas,

Arquero de Darío representado en un vaso griego de finales del siglo VI a. de J. C. (British Museum, Londres). La poca visión política del gran rey obligaría a luchar a los griegos de Asia contra sus hermanos de Europa, con las graves consecuencias desmoralizadoras de tal acto. En efecto, fueron varias las naves de asiáticos que se pasaron a las fuerzas griegas de Europa.

y parte de la isla de Eubea, donde estaba edificada Calcis.

Mientras tanto, un nuevo peligro amenazaba por el Asia. Hemos visto que Ciro, el fundador del Imperio persa, no sólo había conquistado Babilonia, sino que, avanzando a lo largo de la vía regia, derrotó a Creso en Bogazköy y, con la toma de Sardes, aseguró el dominio de Persia en el Asia Menor. La obra de Ciro fue continuada por su hijo Cambises, quien conquistó Egipto y Fenicia e impuso una especie de protectorado sobre las ciudades jonias del Asia, de manera que desde el Oxus y el Indo hasta el Mediterráneo toda el Asia obedecía al gran rey. Era, pues, seguro que los persas tratarían de conquistar o corromper también las ciudades griegas de Europa, con sus pequeños territorios a modo de estados, que vivían distanciados por las rivalidades. A la democracia ateniense cupo la gloria de haber dirigido la resistencia y fue en territorio de Atenas donde se luchó y venció al Asia. Maratón, Salamina y Platea, nombres cuyo eco resuena a través de los tiempos, están dentro de los confines del Atica; Milcíades y Temístocles, los héroes de la resistencia, eran los representantes de la democracia ateniense en el conflicto.

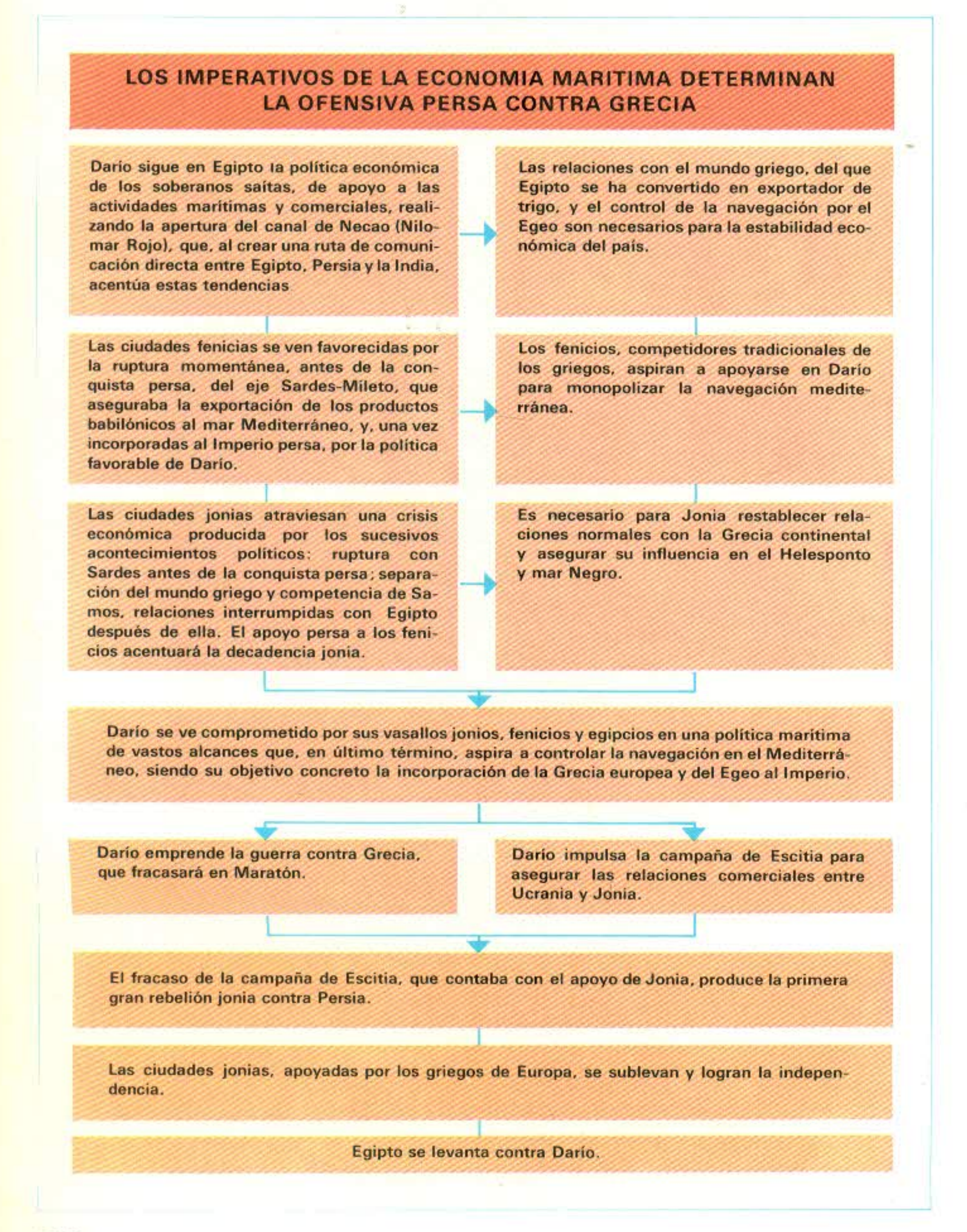
El ataque del gran rey fue, en cierto modo, provocado por los atenienses. Atenas había enviado a los persas "tierra y agua", que era para ellos como aceptar una posición de tutela y vasallaje. Pero, en lugar de mantenerse neutrales, los atenienses apoyaban la rebelión de las ciudades griegas del Asia. Tenemos de este período un relato maravilloso, una extraordinaria obra de arte

Arquero griego de mediados del siglo V a. de J. C. (detalle de un kilix conservado en el Museo del Louvre, París).



que puede decirse es también obra de Atenas. Su autor, Heródoto, era oriundo de Halicarnaso, la colonia dórica del Asia. Había llegado a Atenas pocos años después de la guerra y allí encontró un ambiente propicio para sus trabajos históricos. Heródoto ha sido llamado el padre de la Historia; su libro es el primero en su género, pero deberíamos llamarle el maestro de la Historia, porque, a pesar de su aparente desorden, todas sus páginas tienen una gran unidad y, no obstante la pasión con que están escritas, rebosan una vida que ha de reflejar la verdad necesariamente.

Tal como explica los acontecimientos Heródoto, no contento Darío con la sumisión de las colonias griegas del otro lado del Bósforo, él en persona se presentó en Europa con un gran ejército, que acabó por ocupar la Tracia y parte de lo que hoy es Bulgaria y Rumania. La campaña de Darío en Europa tuvo efecto el año 512 a. de J.C. y acaso su primer objetivo fuera el de reconocer y conquistar las tierras del sur de Rusia para hacer del mar Negro un lago persa. Darío atravesó el Bósforo por un puente de barcas y, contorneando la Tracia, cruzó el Danubio sobre un puente provisional hecho con los buques de su flota. El gran rey dejó en el Danubio una guarnición de marinos griegos del Asia para proteger el puente y se internó en las estepas del sur de Rusia, encargando a sus súbditos jonios la defensa del paso sólo por treinta días. Al cabo de este plazo no debían esperar más y podían regresar a sus tierras por donde habían venido. Lo que se proponía Darío era rodear el mar Negro, volviendo a Persia por la vía del Cáucaso, pero sea porque su conocimiento del país fuese deficiente y la distancia mayor de lo que creía, sea porque encontró una resistencia inesperada en los bárbaros escitas que habitaban al sur de Rusia, lo cierto es que Darío tuvo que volver al río, donde encontró a su gente que le esperaba, guardando el puente, a pesar de haber tardado mucho más de los treinta días fijados para su regreso. Desde allí, cruzando el Danubio y el Helesponto, regresó a sus estados, pero quedó en Europa un ejército persa rezagado que, a las órdenes del sátrapa Megabazos, conquistó el norte de la península balcánica y logró que Macedonia se sometiera al gran rey. A la Grecia europea no podía caberle ninguna duda de que, tarde o temprano, le llegaría su turno, y los atenienses, que tenían colonias en el Helesponto, sentirían más que nadie la inminencia del peligro.



Así es que cuando veinte años más tarde los griegos del Asia, rebelados contra la dominación persa, acudieron en demanda de auxilio a los griegos de Europa, la democracia de Atenas se apresuró a contribuir a su defensa con veinte buques de guerra. He aquí lo más importante de la campaña, descrita por Heródoto. En un principio, las ciudades jonias de Asia se reunieron en un congreso panhelénico para decidir la rebelión e incluso se creó una moneda común a todas ellas. En la mayoría de las ciudades, los tiranos impuestos por los persas fueron expulsados y el gobierno municipal democrático se restableció. A continuación, los rebeldes se arriesgaron a atacar a Sardes, que era la capital de la satrapía del Asia Menor, y no encontraron grandes dificultades para ocupar la antigua metrópoli. Gobernaba desde Sardes la parte más occidental del Imperio el propio hermano de Darío, Artafernes, lo que da una idea de la importancia que el gran rey concedía a aquella región. Por los relatos de Heródoto se comprende



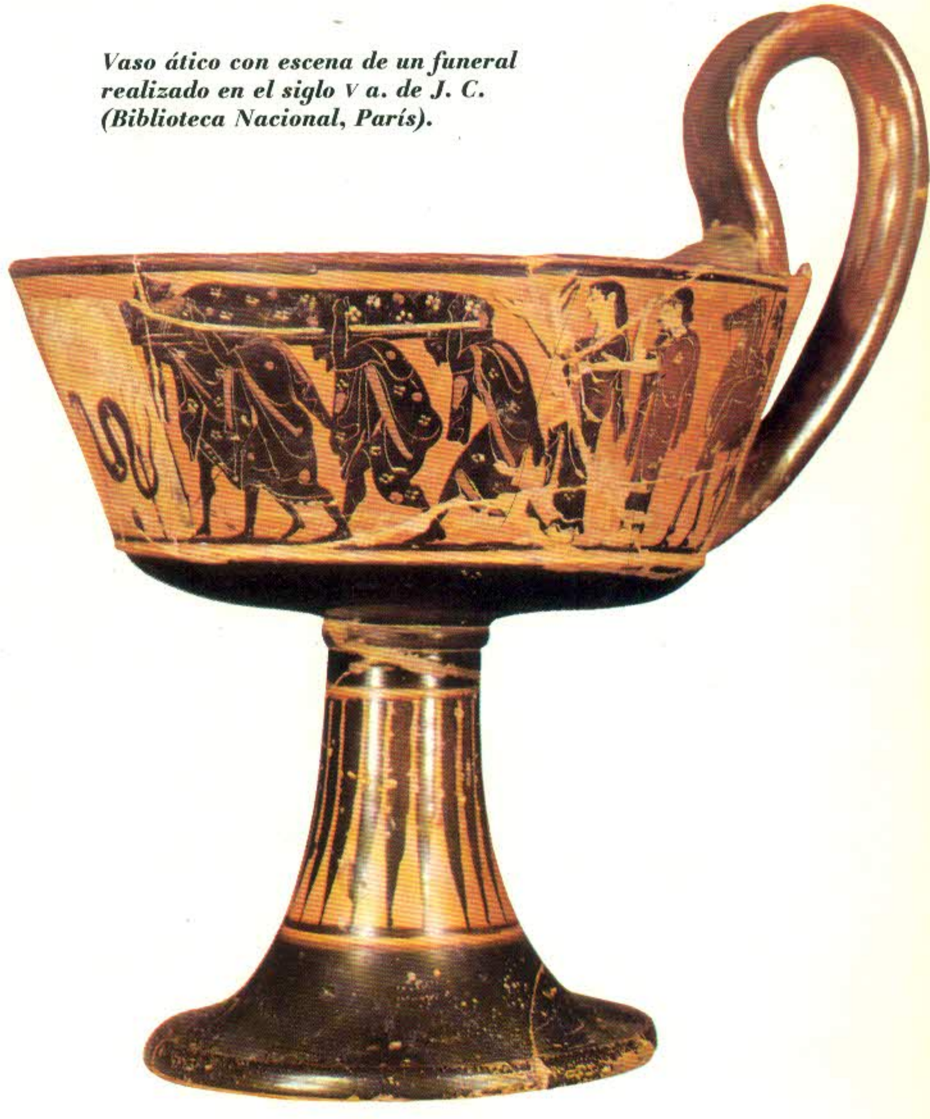
Llanura de Maratón, en la actualidad cuajada de olivos, donde se dio la célebre batalla en la que los atenienses, en una rápida carga, derrotaron a los persas, en realidad impedidos en sus evoluciones por las operaciones de reembarque.

que los griegos lograron sorprender a Artafernes, pero, faltos tal vez de dirección, no pudieron sacar partido de sus efímeras ventajas. Por de pronto no consiguieron ocupar la fortaleza de Sardes; además, la ciudad baja, donde estaban los griegos, fue presa de un incendio por la imprudencia de un soldado, y por fin, al retirarse hacia la costa, fueron perseguidos por Artafernes, quien los derrotó cerca de Efeso. Así acabó desastrosamente la rebelión de Jonia. Como tenían por costumbre, los persas castigaron la indisciplina y el perjurio de una manera ejemplar. Mileto, la mayor ciudad griega del Asia, donde se había fraguado la revuelta, fue arrasada sin piedad. Los demás pueblos rebeldes sufrieron el castigo en proporción a sus faltas.

En realidad, la sublevación de Jonia parece tener un origen económico. Los persas habían formado una marina de mercenarios fenicios y egipcios y con ella suplantaron a los griegos en el comercio del mar Negro y parte del Mediterráneo occidental, desde Córcega a Marsella.

Pero recordemos que entre los conjurados estaba el contingente de los atenienses, con sus veinte galeras. Heródoto dice "que estas naves fueron causa de grandes males para los griegos y para sus enemigos", queriendo significar que la intromisión de Atenas en la revuelta del Asia dio motivo a la cólera del gran rey. Más adelante lo explica con este candoroso párrafo: "Cuando llega-

Vaso ático con escena de un funeral realizado en el siglo V a. de J. C. (Biblioteca Nacional, París).



TEMISTOCLES Y CIMON

Después de Salamina, la dirección de Atenas giraba en torno a los respectivos jefes de los dos partidos atenienses: Temístocles, partidario de la democracia, y Cimón, partidario de la oligarquía. Temístocles, tras la batalla de Maratón, iba a coger las riendas del partido democrático, que tendía a la formación de una flota, mientras Cimón, hijo de Milcíades, iba a convertirse en un continuador de las tendencias oligárquicas.

En el período inmediato a Maratón, a instancias de Temístocles se había procedido en Atenas a una serie de reformas institucionales que iban a crear condiciones más propicias para el triunfo de los partidarios de Temístocles. En el año 487 se había establecido una reforma institucional en la que el arcontado, elegido en el seno de la aristocracia, iba a perder fuerza para cederla a otro colegio: el de los diez estrategos.

A partir de este momento se necesitaba el sorteo para la elección del cargo de arconte y con ello se evitaba que se pudiera designar de antemano la persona que se quisiera, mientras el cargo de estratego se elegía por votación y podía ser renovable cada año. De esta forma, a partir de entonces el colegio de los diez estrategos se iba a convertir en uno de los pilares de la Constitución ateniense.

La transformación operada en Atenas por Temístocles la tenemos magistralmente reflejada en Plutarco en su vida de este político: "Teniendo los atenienses la costumbre de repartirse el producto de las minas de plata del monte Laurion, se atrevió él solo a proponer, perorando al pueblo, que convenía dejarse de aquel repartimiento y con aquellos fondos hacer las galeras para la guerra contra los eginetas. Era ésta entonces la guerra de más entidad de la Grecia, y los eginetas eran, por el gran número de sus naves, los dueños del mar; así fácilmente vino al cabo de ello Temistocles, no nombrando a los atenienses a Darío o los persas, porque éstos estaban lejos y no podía infundirles un miedo lo bastante poderoso su venida, sino valiéndose con arte y oportunidad del encono y enemistad que había con los eginetas para aquellos preparativos... De allí a poco, atrayendo y como impeliendo la ciudad hacia el mar..., consiguió hacerlos, según la expresión de Platón, de hoplitas innobles, navegantes y marinos...".

La aparición de una flota en Atenas proporcionaría, por otro lado, una salida para todo aquel sector parásito de la ciudad que encontraba en la flota la posibilidad de tener un puesto como marinero.

El triunfo de las reformas acometidas por Temístocles no iba a ser definitivo para la consolidación de la democracia en Atenas. Uno de los principales centros de la oligarquía, el Areópago, tras la batalla de Salamina había alcanzado de nuevo sólida robustez. Aristóteles es nuestra principal fuente para ello: "Después de las guerras médicas se sintió de nuevo la influencia predominante del Consejo del Areópago, que era el que gobernaba la ciudad, sin que se le hubiera asignado esta preponderancia o caudillaje por ningún decreto, sino por haber sido él la causa de la batalla de Salamina. Pues cuando los estrategos, desesperados ya de la situación de las cosas, hicieron saber por los heraldos que cada uno debía mirar por su propia salvación, habiéndose procurado ocho dracmas para cada uno, se las dio y los hizo subir a las naves. Por este motivo admitieron la dignidad del Areópago...".

Junto con el Areópago, los partidarios de él irían controlando la situación en Atenas. Mientras, comenzó a descollar un joven que gozaba de una elevada reputación, tanto por su linaje como por sus méritos militares. Se trataba de Cimón, hijo de Milcíades, que se había distinguido en una serie de victorias al frente de la flota ateniense, fundamentalmente en la batalla de Eurimedonte (469), en la que infligiría una severa derrota naval y terrestre a la flota persa.

Por otro lado, algunos de los personajes anteriormente expulsados, como Arístides, habían retornado a la ciudad y contribuido a robustecer la posición del Areópago, al mismo tiempo que se incrementaba la oposición a Temístocles. En esta situación, su expulsión era sólo cuestión de tiempo. Efectivamente, sus rivales consiguieron expulsarlo mediante el ostracismo, sometiéndole a un duro itinerario por todo el mundo griego, hasta que no le quedó otro refugio que la corte persa, donde, gobernando algunas ciudades, acabaría sus días.

Alejado el principal defensor de la democracia y sin ningún líder caracterizado en estos momentos en Atenas, Cimón quedaría como el principal director de la política ateniense. Su popularidad se basaba en sus éxitos bélicos y en su enorme riqueza. Cuando su estrella militar comenzó a declinar, sólo le quedó para mantener su fama el uso de su dinero. Cimón empleaba parte de sus riquezas en organizar festines públicos con los que conseguía una gran popularidad en Atenas.

Poco a poco, la influencia de Cimón fue decreciendo en favor de Efialtes, partidario de la democracia y continuador de la política de Temístocles. Cimón, en busca de nuevas oportunidades que aumentaran su prestigio, marchó en ayuda de Egipto, que se había sublevado contra Persia. Esta oportunidad sería aprovechada por Efialtes para conseguir que se aprobara una ley por la que se privaba al Areópago de todas sus antiguas prerrogativas. En adelante, el Areópago quedaría reducido a juzgar los asuntos de índole criminal y sus principales atribuciones pasarían al Consejo y a la Heliea. A su vuelta, Cimón se encontraría con el dominio de la democracia radical ateniense y con el mando en Atenas del binomio formado por Efialtes y Pericles.

Efialtes sería asesinado por un oligarca, pero el golpe asestado a la aristocracia sería total y Pericles se encargaría de continuar en la línea iniciada por Efialtes. De esta forma, dos antiguos adversarios, Temístocles y Cimón, habían desaparecido de la esfera política, pero su antagonismo había llenado un amplio período de la historia de Atenas. Las actividades emprendidas por Temístocles pusieron de manifiesto que ésa era la salida de Atenas, a pesar de su inicial fracaso. La herencia de Temístocles sería aprovechada por sus continuadores, que conseguirían derrotar a Cimón, al mismo tiempo que nacía en Atenas una célebre etapa bautizada con el nombre de democracia.

A. M. P.

ron a Darío las noticias de la toma y el incendio de Sardes por los jonios y los atenienses, parece que el rey no dijo nada contra los jonios, porque sabía que éstos no escaparían a su venganza y porque, además, contaba con los partidarios de los persas, los aristócratas, para reducirlos; pero, en cambio, preguntó quiénes eran los atenienses y, habiéndole satisfecho su curiosidad, se dice que pidió el arco y las flechas, y disparando una al cielo, exclamó: –¡Concededme, dios, que pueda vengarme de los atenienses!– Después ordenó a uno de sus ayudantes que cada día, al sentarse a la mesa, le dijera: –¡Señor, no te olvides de los atenienses!".

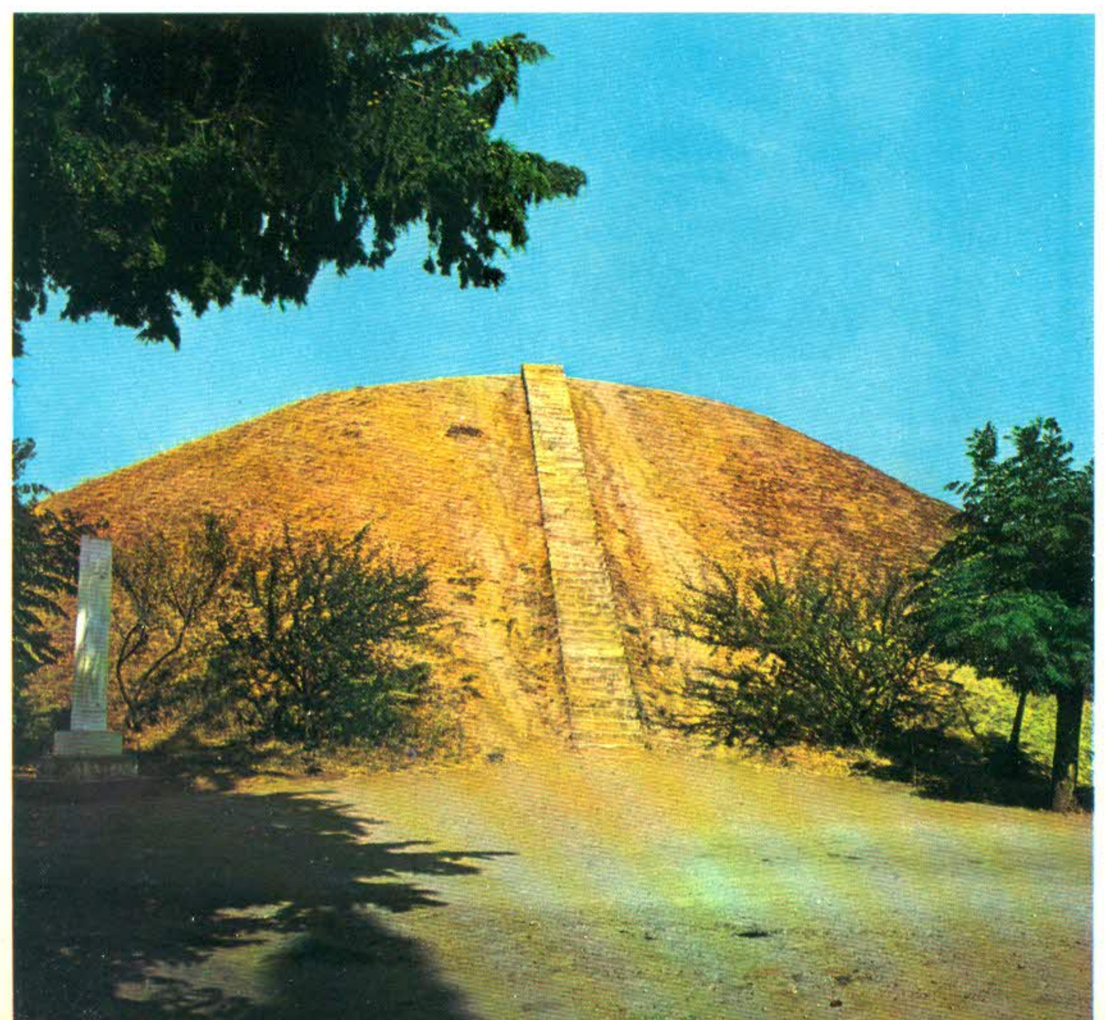
Así, tal como presenta las cosas Heródoto, las llamadas guerras médicas, o guerras de los persas contra los griegos, serían sólo expediciones para vengarse de Atenas. Pero no olvidemos que cuando Heródoto escribía su libro era huésped de la democracia ateniense y es natural que quisiera concentrar en Atenas todo el interés de su relato, para

glorificar a su patria adoptiva. Mas lo positivo es que Darío tenía territorios en Europa que se habían aprovechado de la revuelta de Jonia para aflojar el nudo que los ataba a Persia, y lo primero que debía hacerse era restablecer la supremacía de esta nación en los Balcanes. Con este propósito, en 492, un ejército mandado por el yerno de Darío, llamado Mardonio, pasó a Europa. Tracia fue reconquistada y Macedonia se sometió de nuevo, pero Mardonio no pudo avanzar más porque un temporal destruyó la flota que debía cooperar con la expedición, al tratar de doblar la península del monte Athos.

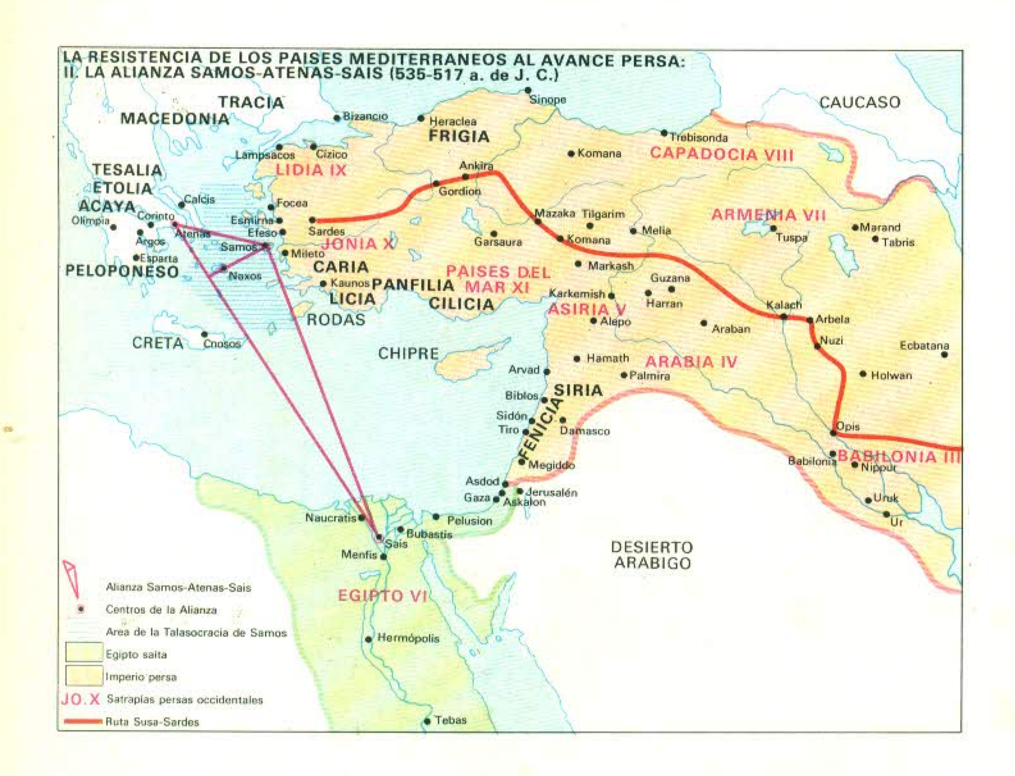
Darío, sin embargo, no era hombre que fácilmente renunciara a sus propósitos. Tenía además como huéspedes, en su corte de Susa, a Hipias, hijo de Pisístrato, quien no cesaba de excitarle a renovar el ataque, y a Demarato, uno de los dos reyes espartanos. El año 490 una segunda expedición partió para Grecia, y esta vez sí que iba contra Atenas. La mandaba un joven sobrino de Darío, el hijo de Artafernes. Llevaba éste como consejero a un general muy experimentado, llamado Datis, e iba con los persas el viejo Hipias, el tirano destronado de Atenas, que aseguraba contar con partidarios en la ciudad que estaban dispuestos a levantarse en cuanto tuvieran noticia de su llegada. El éxito de la empresa parecía más que asegurado.



Hoplita griego del siglo V antes de J. C. (Staatliche Museen, Berlín).



Túmulo elevado en Maratón en el lugar donde se dio la batalla de este nombre.



Hipias debía de estar bien convencido de que pronto recobraría su posición de tirano de Atenas, para gobernarla según las instrucciones emanadas de Sardes y Susa, y los generales persas no debían de tener la menor duda de que, ante su formidable tren de guerra, Atenas se rendiría sin lucha. En todos sus detalles, esta expedición de los persas contra Atenas, para imponerles a Hipias como tirano, recuerda la guerra de Carlos V contra Florencia para restaurar el gobierno de los Médicis, que también habían sido expulsados por la democracia triunfante. Pero si Florencia tuvo que rendirse, Atenas triunfó en Maratón; el tirano y sus auxiliares extranjeros tuvieron que retirarse sin apenas haber luchado.

Se desconoce el número exacto de los persas que acompañaban a Hipias. Según Heródoto, iban en seiscientas galeras, lo que hace creer que el número de los invasores no podía exceder de cuarenta mil. Salieron de Samos y cruzaron el mar Egeo casi en línea recta hacia el Atica. Se detuvieron en el camino, sin embargo, para castigar a la gente de la isla de Naxos y a la de Eubea, que también tenían antiguas deudas con el gran rey, y tal demora había de contribuir notablemente al descalabro que iba a experimentar el ejército persa.

Esto dio tiempo a la democracia ateniense para prepararse. Se envió un correo a Esparta en demanda de auxilio, y la famosa carrera a pie de este mensajero es una de las mayores pruebas de resistencia física registradas en la historia. El hecho resulta perfectamente comprobado. El mensajero se llamaba Fidípides y recorrió la distancia de Atenas a Esparta en un día y medio. Los espartanos, en principio, convinieron en ayudar a los atenienses, pero ponían por condición que éstos tendrían que esperarles hasta que hubiesen concluido unas fiestas o ceremonias religiosas que iban entonces a comenzar y terminarían precisamente el día del plenilunio.

Mientras tanto, los persas habían desembarcado en la bahía de Maratón, detrás del monte Pentélico, al otro lado de Atenas. Era un sitio bien elegido, más seguro que los puertos de Atenas y sólo a un día de marcha de la capital. En Maratón podían Hipias, Datis y Artafernes dar algún descanso a sus tropas y después, por tres caminos distintos,



Hoplita griego, según estatuita de bronce que se guarda en el British Museum de Londres. El hoplita era un soldado de infantería provisto de armas pesadas.

llegar a las cercanías de Atenas, donde debían salir a recibirles los amigos del tirano. Parece que lo más juicioso para los atenienses era esperar a los persas dentro de Atenas, y de este modo, a la llegada de los refuerzos espartanos, los invasores se verían atacados por la espalda.

Pero sin esperar a los espartanos, así que los atenienses tuvieron noticia del desembarco, marcharon a Maratón. Los persas estaban acampados en la llanura, cerca de sus naves, de las que recibían las provisiones. "Los montes miran a Maratón – y Maratón mira a la mar", dice lord Byron en dos versos que sugieren la visión del campo de batalla mejor que una larga descripción. Durante varios días los atenienses permanecieron quietos en sus alturas, contemplando al gran ejército oriental, con su impedimenta, y las naves al fondo, que le aseguraban la retirada. Los persas no parecían tener prisa en emprender el camino de Atenas, donde los atenienses les aguardaban para atacarlos por el flanco; tampoco parecían dar importancia a aquel puñado de ciudadanos mal armados que les espiaban desde las colinas. El retraso de la batalla era, pues, debido a un doble interés: el de los persas se cifraba en esperar la señal de que los partidarios de la tiranía habían promovido una revolución en Atenas; el de los atenienses se fundaba en esperar a los espartanos, que acudirían en su ayuda en cuanto hubiesen terminado sus ceremonias del plenilunio. Pero la luna llena caía el día 15 de aquel mes, que era el de agosto, y el 16 los persas empezaron a reembarcarse: querían evitar la emboscada de los atenienses y llegar a Atenas por mar.

Al notar los preparativos de los persas, los generales atenienses celebraron consejo de guerra: los *estrategos* o generales eran diez, uno por cada tribu, presididos por el polemarca, que se llamaba Calímaco. De éstos,

Estela conmemorativa elevada junto al túmulo que recuerda la batalla de Maratón.



algunos se mostraron partidarios de volverse a Atenas, anticipando su llegada a la del enemigo, que por mar tardaría más que ellos por tierra; pero entre los diez estrategos había uno, llamado Milcíades, que aconsejó se aprovechara la ventaja de poder atacar a los persas en medio de sus operaciones de embarque. Podían vencer a la mitad del ejército de los orientales, todavía en tierra, mientras la caballería y la otra mitad estarían ya a bordo de sus naves. En verdad que no se sabe a quién admirar más, si a Milcíades por su sagacidad o al polemarca y los otros nueve generales que aceptaron sin vacilar el plan de Milcíades. Todos consintieron en obedecerle y le dejaron preparar el ataque.

La batalla de Maratón hubo de resolverse en pocos minutos; fue lo que hoy llamaríamos una carga. Los atenienses serían unos diez mil, y si calculamos que la mitad de los persas estaban ya reembarcados, podían quedar en tierra unos veinte mil. Según Heródoto, la distancia que separaba a los dos ejércitos era de ocho estadios, algo más de kilómetro y medio. De repente, los griegos se lanzaron en veloz carrera contra los persas. Marchaban formando una masa poco profunda, que se rompió por el centro al entrar en contacto con el enemigo. Sin perder el ímpetu de la carga, los dos grupos del ejército griego estrecharon por los lados a los persas; éstos no tenían espacio para moverse ni podían emplear sus armas favoritas: el arco y las flechas. En cambio, las picas de los griegos hacían estragos en los persas, asombrados de su propia derrota; según Heródoto, murieron en Maratón 6.400 persas y 192 griegos. Esta última cifra ha sido comprobada, porque al excavar hace pocos años el *soros* o túmulo donde fueron sepultados los atenienses que cayeron en el campo de batalla, se encontraron, poco más o menos, los huesos de 190 esqueletos. La victoria de Maratón fue, pues, conseguida por la democracia de Atenas con bien poco sacrificio.

Busto de Milcíades, el vencedor de Maratón.

Después del desastre, los persas que ya estaban reembarcados y los que lograron la salvación reuniéndose con ellos marcharon hacia Atenas, con la esperanza de que aún verían la señal de la revolución. Esta señal debía ser el centelleo de un escudo, bruñido como un espejo, agitado por los partidarios de la tiranía en la cumbre del monte Licabeto. Pero el entusiasmo que produjo el triunfo de Maratón desanimó a los amigos de Hipias, y los persas tuvieron que regresar al Asia sin intentar otro desembarco.

El 19 de agosto llegaron a Atenas los espartanos, que eran sólo unos dos mil, y fueron a visitar el campo de batalla de Maratón. Allí pudieron ver los cadáveres insepultos de



Casco de Milcíades.



Panorámica parcial de las ruinas de Corinto, donde, después de la batalla de Maratón, se reunieron los estados griegos para formar una liga contra Persia.

los persas y el botín abandonado; los guerreros más experimentados de Grecia, que eran los espartanos, quedarían estupefactos al contemplar la hazaña realizada por los ciudadanos de Atenas, improvisados héroes por obra de la democracia. Los atenienses consideraron el día de Maratón como la más importante fecha de su historia. Desde aquel momento se creyeron predestinados a grandes empresas. Nada podía ser imposible para los que habían vencido al gran rey sin otra ayuda que la de los dioses, y esto porque creyeron que Teseo se les había aparecido en medio del combate, luchando a su lado como simple soldado. En agradecimiento se erigió en Delfos un templete, con parte del botín de Maratón, que ha sido restaurado modernamente.

Su victoria, además, les dio ánimo para continuar la resistencia. Ahora, con mayor motivo que antes, el gran rey no perdonaría a los atenienses, y a la ruina de Atenas seguiría la esclavitud de todos los griegos. Por esto era indispensable acordarse de Maratón.

El tercer ataque de los persas contra los griegos de Europa no se realizó inmediatamente. Mediaron diez años entre Maratón y Salamina. Durante este tiempo había muerto el rey. Su hijo Jerjes tuvo que sofocar una rebelión en Egipto, y aun parece que en su consejo de estado había opiniones contrarias a una nueva aventura en Europa. Sin embargo, en las provincias del Imperio persa se realizaban preparativos para una gran expedición, mientras que los griegos se preparaban también para resistir el ataque. Un congreso de todos los estados griegos se convocó en el istmo de Corinto, como el lugar más céntrico, aunque presidido por Esparta, a la que se reconocía todavía superioridad en cuestiones militares.

Acudieron a Corinto los representantes de treinta y un estados, comprometiéndose a lo que hoy llamaríamos no hacer la paz por separado, lo que quería decir que sería preciso luchar hasta el fin; sólo que su manera de decirlo fue el acuerdo de que los aliados podrían secuestrar los bienes de los traidores y con esta expoliación se enriquecería el santuario de Delfos. A pesar de este castigo para



Tesoro de los atenienses en Delfos, construido con el botín de Maratón para dar gracias a Apolo por la victoria conseguida.

evitar las deserciones y, al mismo tiempo, procurarse el favor del oráculo, las profecías eran desalentadoras. A no ser por el recuerdo de Maratón, es de creer que el oráculo de Delfos hubiera desanimado a los griegos, pero aquel recuerdo era tan vivo que la opinión general durante mucho tiempo se mantuvo decididamente hostil a los persas.

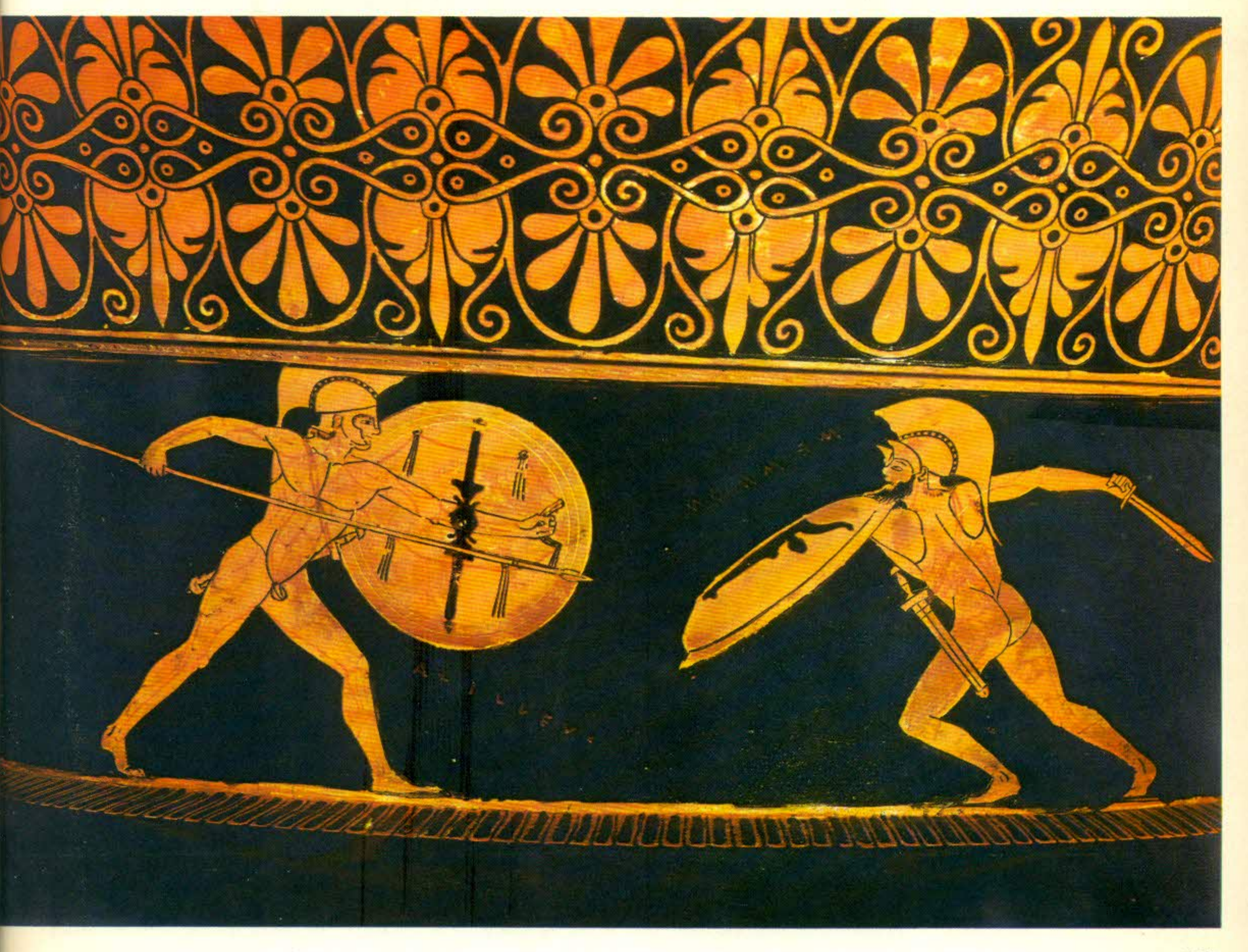
Lo más notable de este período fue el cambio que experimentó Atenas, transformándose en potencia naval. Uno de los jefes del partido de la democracia, Temístocles, puso de relieve la necesidad de construir doscientas galeras. Había que resignarse a descuidar las fuerzas de tierra para lograr la supremacía marítima, y Temístocles consiguió convencer a sus compatriotas de la necesidad de aquel sacrificio. Tuvo que hacerse un puerto militar en el Pireo, mejor que el de Falero, del que la ciudad se había servido hasta entonces, y que sólo tenía la ventaja de poder ser visto desde la acrópolis. Como

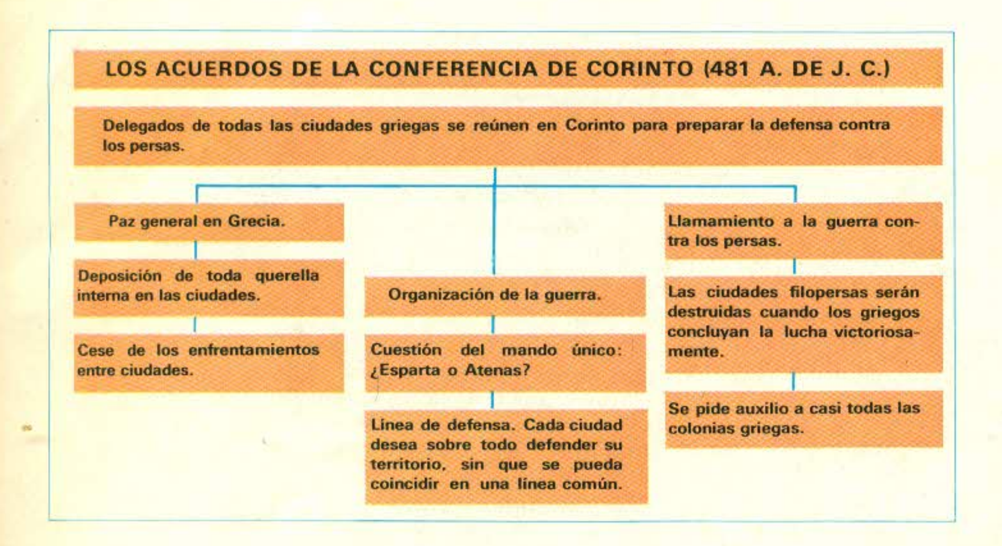
puede advertirse, durante estos diez años de paz que median del 490 al 480, Atenas no perdió completamente el tiempo.

El año 480, Jerjes creyó llegada la hora de atacar; él mismo dirigiría la expedición. Pasó el invierno en Sardes, completando los preparativos; nunca se había reunido tan poderoso ejército, y su movilización se ha hecho tradicional en la Historia como algo sólo comparable a lo que hemos presenciado durante las dos guerras mundiales. Heródoto cuenta las diversas unidades del ejército persa, que suman millones; hoy, sin embargo, reina gran escepticismo para aceptar las cifras del padre de la Historia, porque no parece probable que pudiera abastecerse semejante ejército con la lentitud desesperante de los convoyes. Los eruditos alemanes tienden a reducir el ejército de Jerjes a setenta mil hombres, pero es fácil que caigan en el extremo opuesto, pues no resulta sensato que el propio gran rey se aventurara con tan reducida hueste a lanzarse sobre Grecia tras la experiencia de Maratón.

Todo contribuye a hacernos creer que, a pesar de sus exageraciones, está Heródoto más cerca de la verdad que los críticos modernos. Aceptado esto, resulta evidente que un ejército que por lo menos contaría varios centenares de miles de hombres no podía ser transportado por mar, sino que habría de seguir el camino tradicional de los estrechos del Bósforo. En ellos, los ingenieros de Jerjes habían tendido dos puentes de barcas, uno sostenido por 314 embarcaciones y otro por 360. Estaban atadas con cuerdas de cáñamo y de papiros y encima de ellas se había hecho una pasadera cubierta de tierra y con parapetos altos a los lados, para que los caballos no se espantaran a la vista del mar. El ejército persa tardó varios días en atravesar los estrechos. Heródoto se complace en describir la marcha de los contingentes reunidos para la expedición. Ya en Europa, el ejército

Guerreros griegos del siglo V antes de J. C. (detalle de un kilix de la época; British Museum, Londres).



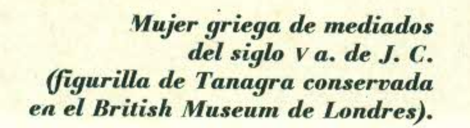


de Jerjes fue siguiendo la ruta de la costa, sin perder de vista a la armada, que se componía de mil doscientos buques de guerra y tres mil para transportes.

En el famoso desfiladero de las Termópilas, entre la Tesalia y la Grecia central, la ruta de la costa pasa tan cerca del mar, que pareció conveniente a los griegos hacerse fuertes allí para detener a los persas en su marcha. Como los espartanos habían recabado el derecho de dirigir las operaciones de los aliados, el rey Leónidas de Esparta marchó a las Termópilas para defender aquel paso. Llevaba consigo un ejército de siete mil hombres, más de la mitad espartanos. Mientras tanto, la flota griega operaba en la vecindad de las Termópilas. Con las maniobras de los griegos y, sobre todo, por una tempestad que sobrevino, los persas perdieron muchas embarcaciones, se deshizo la formación de la armada y fue menos difícil para los griegos la victoria de Salamina.

Pero no cabe duda que desmoralizó mucho al ejército persa la resistencia que encontró en las Termópilas. Los persas llegaron a la entrada del desfiladero a mediados de julio y por varios días estuvieron detenidos, sufriendo pérdidas enormes, causadas por el puñado de griegos que mandaba Leónidas. Heródoto cuenta que Jerjes, enfurecido, se levantó dos veces del trono en que estaba sentado, presenciando la matanza de los suyos. El gran rey debía de comprender que Europa no era Asia, con sus llanuras inmensas, y que si cada desfiladero tenía que





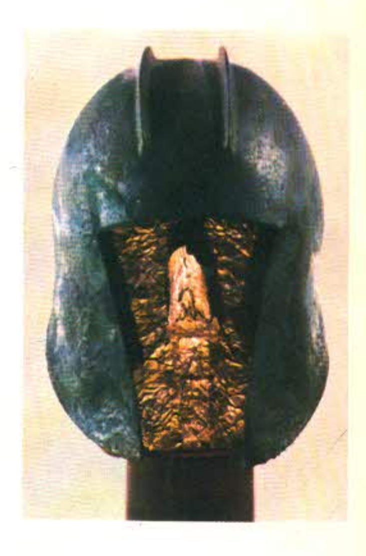
Mujer griega de mediados del siglo V a. de J. C. (figurilla de Tanagra conservada en el British Museum de Londres).

conquistarse a tal costa, el porvenir no era muy risueño para los persas en tierra griega, con sus laberintos de montañas. Por fin, los invasores forzaron las Termópilas, dando un rodeo, y exterminaron a Leónidas. Y ya, sin más resistencia, entraron en el Atica.

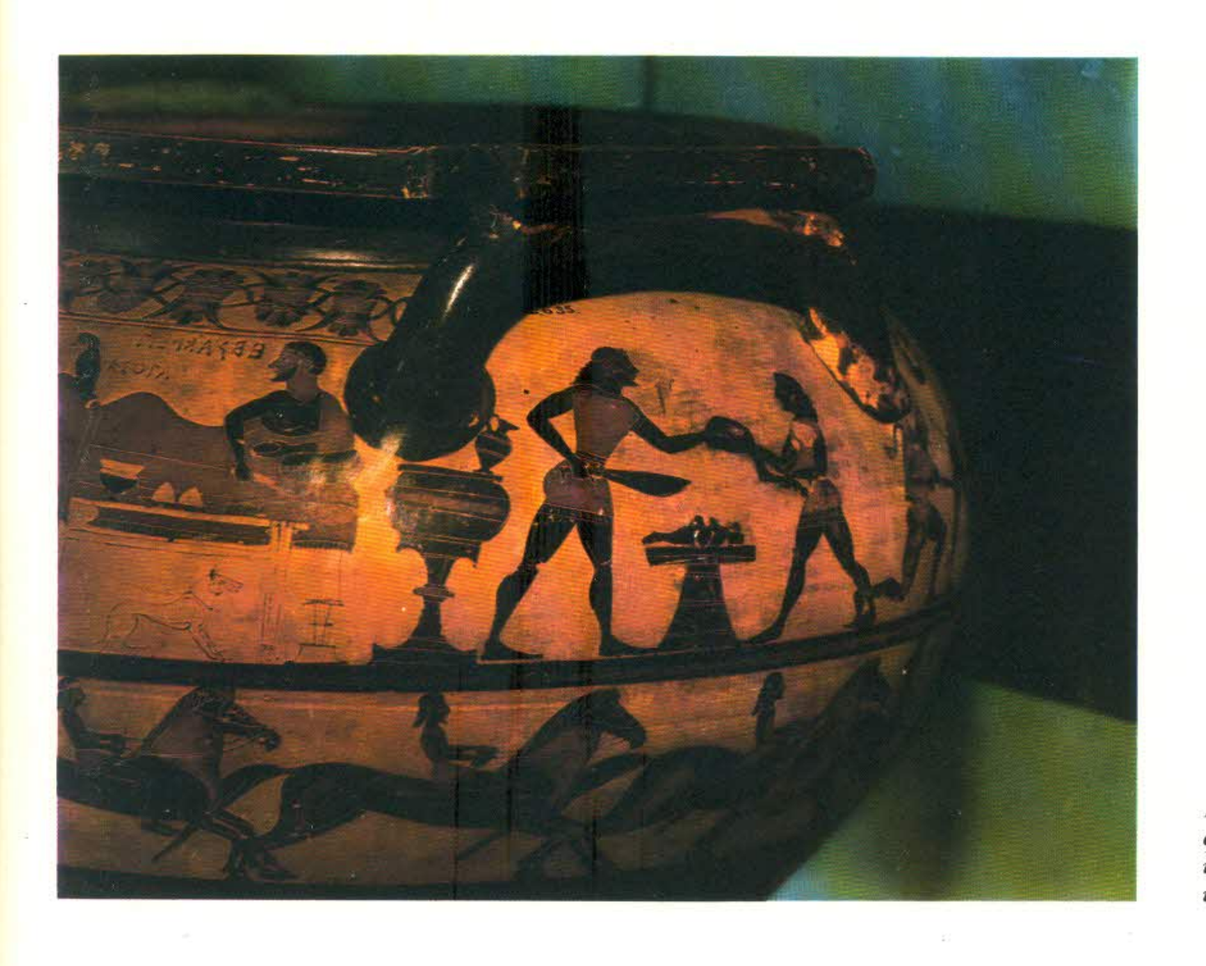
Allí también la topografía de su patria iba a ayudar a los griegos. Las costas del Atica, llenas de cabos y sembradas de islas, facilitaron a los atenienses la destrucción de la armada persa. Por esto Salamina vale tanto como Maratón. Es el Maratón marítimo, es también la gloria de Atenas. La isla de Salamina puede verse desde la acrópolis; los atenienses tuvieron la iniciativa de la acción y así forzaron a los demás griegos a combatir en aquel lugar. Con su flota, todavía inexperta, probaron a toda la Grecia que los simples ciudadanos del *demos* ateniense podían vencer a los experimentados nautas y guerreros de la vieja Fenicia y de Egipto, que Persia, con todo su poder, había movilizado contra ellos.

Según Esquilo, testimonio ocular de la batalla, la víspera de Salamina la flota persa estaba dispuesta en tres líneas de buques, cerrando la entrada de la bahía de Eleusis por el Este. Las fuerzas de los persas eran tan superiores que los espartanos proponían la retirada por el canal occidental, para concentrar sus fuerzas de mar y tierra en la defensa del istmo de Corinto. Pero aquí entra Heródoto con sus "historias" y nos cuenta que el comandante del escuadrón ateniense, Temístocles, quien persistía en luchar en aquel lugar, envió maliciosamente un mensaje a Jerjes, descubriéndole este plan de retirada. La estratagema de Temístocles tuvo el éxito que se proponía. Los persas creyeron que podrían "embotellar" a los griegos cerrándoles la salida de la bahía por la parte de poniente y para ello tuvieron que dividir su armada, reduciendo el total de los buques que iban a combatir delante de Salamina. El número de los buques griegos era de 366, de ellos 180 atenienses. Los persas tenían 1.200 buques al partir del Helesponto, pero con las pérdidas sufridas durante el viaje y los que quedaban apostados en el canal occidental para impedir la huida del enemigo, quedarían reducidos a casi la mitad.

Al apuntar el alba, las naves persas empezaron a avanzar y sus tres filas se dividieron en dos escuadras de tres columnas. Los griegos las esperaban en aguas de Salamina, delante de la ciudad, donde los estrechos se reducen a un canal de poco más de un kilómetro. Necesariamente tenía que producirse una confusión al tratar de combatir un millar de embarcaciones en un espacio de poco más de mil metros de anchura; además, las



Casco de bronce y máscara funeraria de oro (Museo Nacional, Atenas).



Preparativos para un banquete, representados en un vaso corintio (Museo del Louvre, París).

ESQUILO Y SALAMINA

Esquilo era un trágico ateniense que había nacido en Eleusis en el 525 a. de Jesucristo. Su familia pertenecía a la nobleza ateniense. Junto con sus hermanos, había tomado parte en las batallas decisivas de las guerras médicas, como Maratón, Salamina y Platea. Fue, pues, testigo ocular de todos aquellos acontecimientos, lo cual se iba a manifestar en su obra literaria. Su producción literaria sería bastante copiosa, pero sólo se han conservado siete obras suyas: *Prometeo encadenado, Los siete contra Tebas, Los persas, Las suplicantes, Agamenón, Las Coéforas* y *Las Euménides.*

Su vasta creación le había conseguido gran cantidad de premios literarios. Según uno de sus biógrafos, había recibido trece premios en vida y fueron innumerables los que recibió tras su muerte, acaecida en Gela (Sicilia) en el 450 a. de J. C.

De todas sus obras hay una que nos interesa por su referencia a la batalla de Salamina. Nos referimos a *Los persas.* En ella, Esquilo nos habla del desastre sufrido por la flota persa ante la ateniense en aguas de la bahía de Salamina. Como dijimos más arriba, Esquilo había combatido en esta batalla, por lo cual sus datos son de primera mano.

El escenario de la acción lo sitúa en la corte persa en el momento en que un mensajero informa a la reina madre, Atosa, de la tremenda derrota sufrida por la flota persa: "¡Oh ciudades todas de Asia! ¡Oh tierra de Persia! ¡Oh ancho puerto de riqueza! ¡Cómo una gran prosperidad vino al suelo de un solo golpe! Cayó y pereció la flor de los persas. ¡Ay de mí, infeliz, que el primer mal es tener que anunciar males! Mas fuerza es que descubra todo el cuadro de nuestra desgracia. Persas, el ejército entero ha perecido".

La descripción va aumentando su patetismo en tono cada vez más desgarrado a medida que aumenta la enumeración de las desgracias: "Llenas de cadáveres están las costas de Salamina y todos sus alrededores; ¡de los cadáveres de quienes tan miserablemente perecieron!". Será el coro formado por los ancianos persas el que de una forma más lastimera vaya expresando sus quejas: "¡Oh dolor! ¡Conque los cuerpos de nuestros hermanos envueltos en las ondas, y sin vida, son arrebatados por la corriente entre los flotantes despojos de nuestras naves!".

Al haber trasladado el escenario a la corte persa, a través de las descripciones de las desgracias persas en la obra se iba evidenciando la gran gloria de Atenas y la importancia de su triunfo. El esplendor llegaría a su cenit en momentos en que el mensajero y el coro prorrumpen en ayes que execran el renombre de Atenas:

"Mensajero: ¡Oh nombre de Salamina, a mis oídos el más odioso de todos! ¡Oh Atenas, y qué de lágrimas me hace derramar tu recuerdo!

"Coro: ¡Oh Atenas, funesta para tus enemigos! Harto de recordar serán tantas persas como hoy quedan sin esposos, sin padres, sin hijos; ¡y todo en vano!".

A instancias de la reina, el mensajero pasará a una descripción más detallada de los hechos. La tremenda derrota sería expuesta con detalle, describiéndose la estratagema de Temístocles para obligar a la flota persa a combatir en el lugar más favorable para los griegos. En esta reseña, el valor de los griegos se ve claramente reflejado: "La noche se iba pasando y los helenos no se daban mucha prisa en hacer su salida secreta por parte alguna. Mas apenas el luciente día, conducido por sus blancos caballos, entró señoreándose de toda la tierra, cuando de parte de los helenos levantóse grande y regocijado clamor a modo de músico canto, a que respondían con estruendos las enriscadas costas de la isla. Entró el pavor en los bárbaros, engañados en sus juicios: que no cantaban entonces los helenos aquel sagrado peán como para huir, sino arrojándose a la pelea con ansioso aliento... Bien se podían oír ya de cerca estas voces que de ellas (de las naves) salían: ¡Oh hijos de la Hélade, andad, libertad a la patria; libertad a vuestros hijos, a vuestras esposas y los templos de los dioses de vuestros padres y las tumbas de vuestros mayores! Por todo ello vais a empeñar la lucha". Al final de su descripción, la tristeza va envolviendo la enumeración de los acontecimientos: "Ya no se veía el mar, lleno todo él como estaba de navales despojos y de cuerpos ensangrentados. Las costas y los escollos se cubren de cadáveres... Mas en cuanto a la multitud de males que vinieron sobre nosotros, si yo estuviera hablando diez días seguidos no podría referírtelos todos. Pero ten por cierto que nunca jamás en un solo día murió muchedumbre tan numerosa".

Tras la enumeración de los terribles males que azotaron a los persas, se pasa a una comparación entre Darío y Jerjes. Será por mediación del coro como Esquilo nos vaya introduciendo: "Asia entera gime hoy al verse sin sus hijos. Jerjes los llevó, ¡oh dolor!, ¡oh dolor!, Jerjes los perdió. Jerjes lo entregó todo imprudentemente a las naves que caminan a merced de las olas. ¿Cómo fue que Darío, aquel amado príncipe de Susa, aquel caudillo de nuestros flecheros, llevó sus ejércitos sin daño de su gente?".

Se pasará a unas libaciones y aparecerá la sombra de Darío, quien terminará aconsejando lo siguiente: "Jamás llevéis vuestras armas contra los helenos, así fuesen más poderosas que el ejército de Jerjes, porque hasta la misma tierra pelea por ellos". Finalmente, la obra concluirá con la aparición en escena de Jerjes con sus ropas desgarradas quejándose contra la mala fortuna y los dioses, mientras sufre las duras recriminaciones del coro y termina con continuos ayes de dolor por el desastre sufrido.

Los persas pasan a ser el mayor monolito levantado por los griegos en conmemoración de su victoria, al mismo tiempo que se convierte en el exponente escalofriante de las enormes desgracias que les acaecieron a los persas para mayor gloria de su rival Atenas.

La proyección de la obra no queda aquí. Esquilo no sólo concibió su obra como un panegírico de la ciudad ateniense, sino para recordar la importancia decisiva que en esta victoria había desempeñado Temístocles. En los períodos posteriores a la batalla, Temístocles y sus partidarios habían sido debilitados por Cimón y sus adeptos. En esta coyuntura, cualquier intento de colocar en su sitio la figura del vencedor de Salamina era necesario para sus seguidores.

Será así como Esquilo escriba *Los persas.* En su obra, pues, al mismo tiempo que exalta la ciudad, intentaba glorificar por encima de todo al artífice de aquella victoria. Esquilo exponía a sus conciudadanos que había sido con ayuda de la flota y con la acertada dirección de Temístocles como Atenas había alcanzado su victoria, además de sentarse las bases de su futuro esplendor.

A. M. P.

brisas del canal perjudicaron a los persas. Sin duda ocurrieron también algunas deserciones entre las naves tripuladas por jonios o griegos del Asia. Heródoto menciona una galera jonia que se pasó a los griegos ya antes de comenzar la batalla. A la caída de la tarde, lo poco que quedaba de la armada persa trataba de escapar del estrecho por donde había entrado. Jerjes, que contempló el desastre desde la costa del Atica, supo por experiencia propia quiénes eran aquellos osados atenienses que enviaron veinte galeras contra su padre cuando la revolución de la Jonia.

Pero, en fin, el ejército persa quedaba casi intacto y se había tomado venganza de Atenas, incendiándola como los atenienses habían incendiado a Sardes. Jerjes podía.

Detalle del monumento erigido en las Termópilas a la memoria de Leónidas y sus espartanos.



pues, volverse a su reino, porque el objetivo aparente de la campaña, que era escarmentar a Atenas, al parecer se había conseguido; pero, como dice Esquilo:

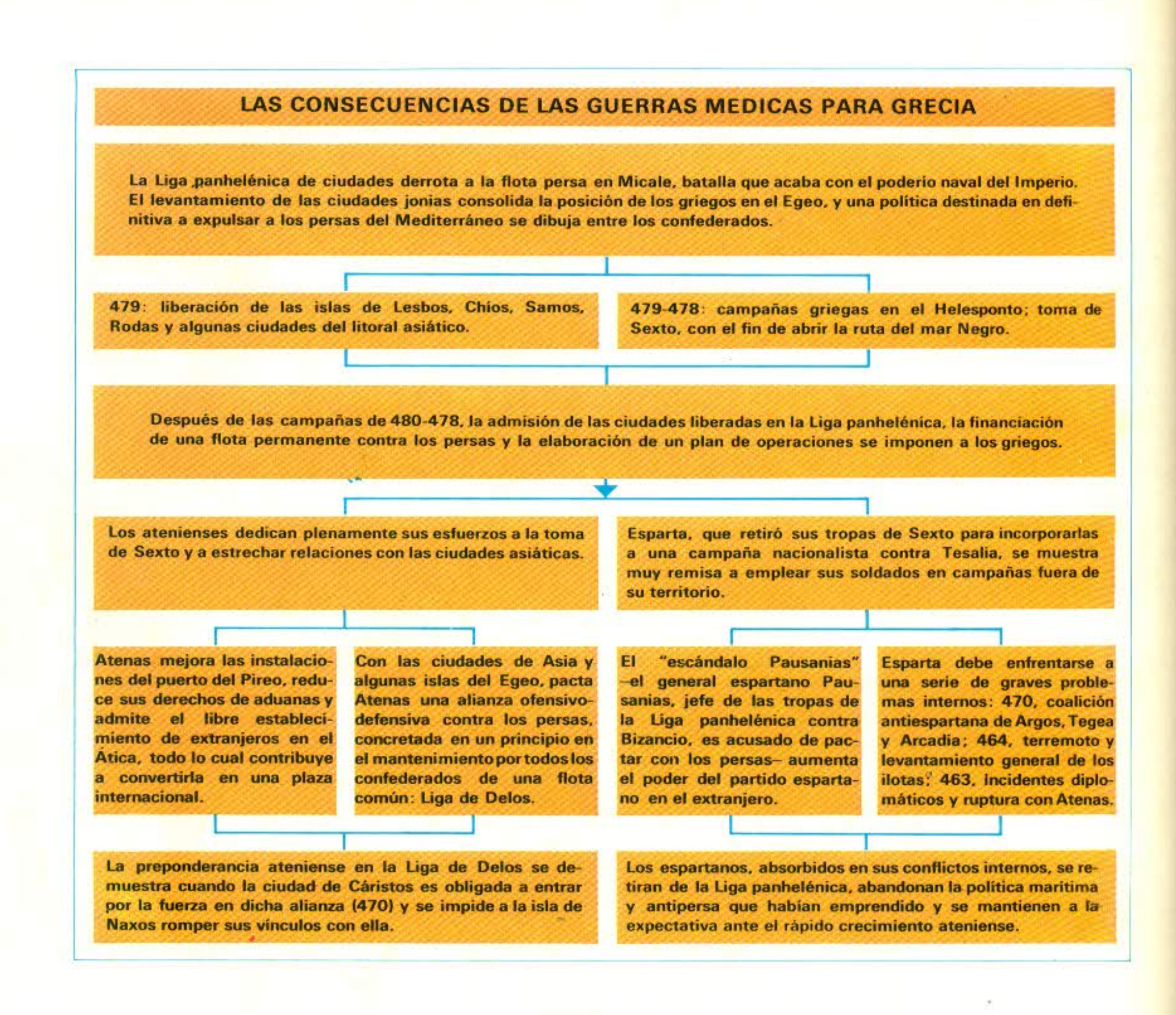
> *¿Atenas, la ciudad, es arrasada?*
> *¡Sus hombres han quedado, Atenas dura!*

Por esto no les pareció prudente a los persas permanecer en Atenas y se retiraron algo al Norte, a la Tesalia, donde tenían buenas alianzas. Jerjes había regresado al Asia. Quedaba para dirigir la campaña aquel mismo Mardonio, yerno de Darío, que ya hemos visto combatir en Grecia el año 492. Después de la batalla de Salamina, Mardonio, que debía de ser un astuto veterano familiarizado con las disputas de los griegos, imaginó que, retirándose hacia el Norte, los espartanos se retirarían hacia el Sur, y así le sería más fácil hacer entrar a Atenas en sus proyectos. En la primavera del 479, Mardo-



Busto de Temístocles que se conserva en el Museo Nacional de Nápoles.



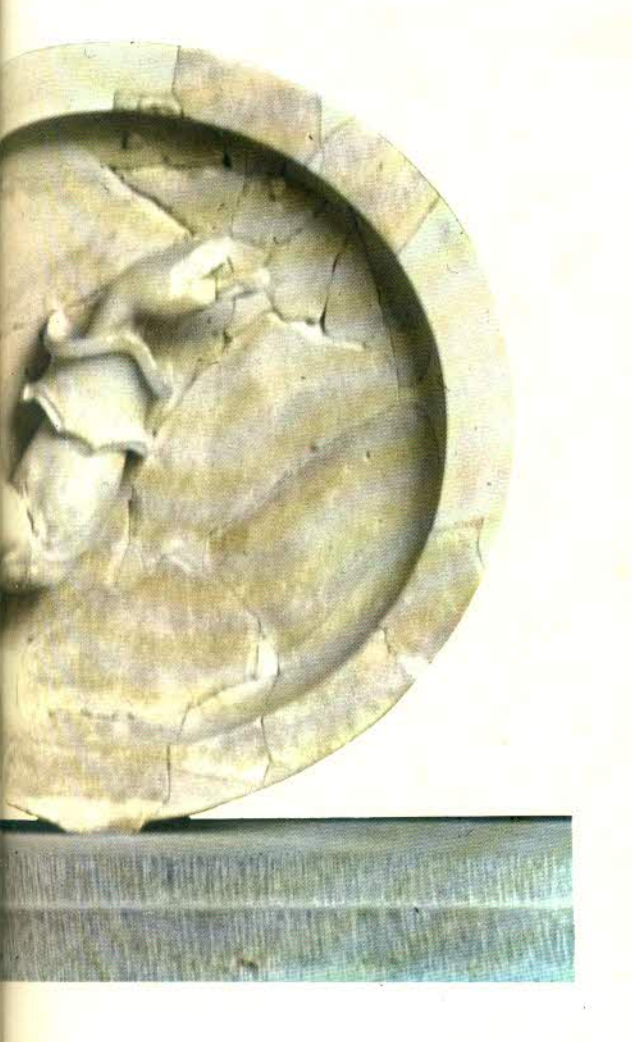


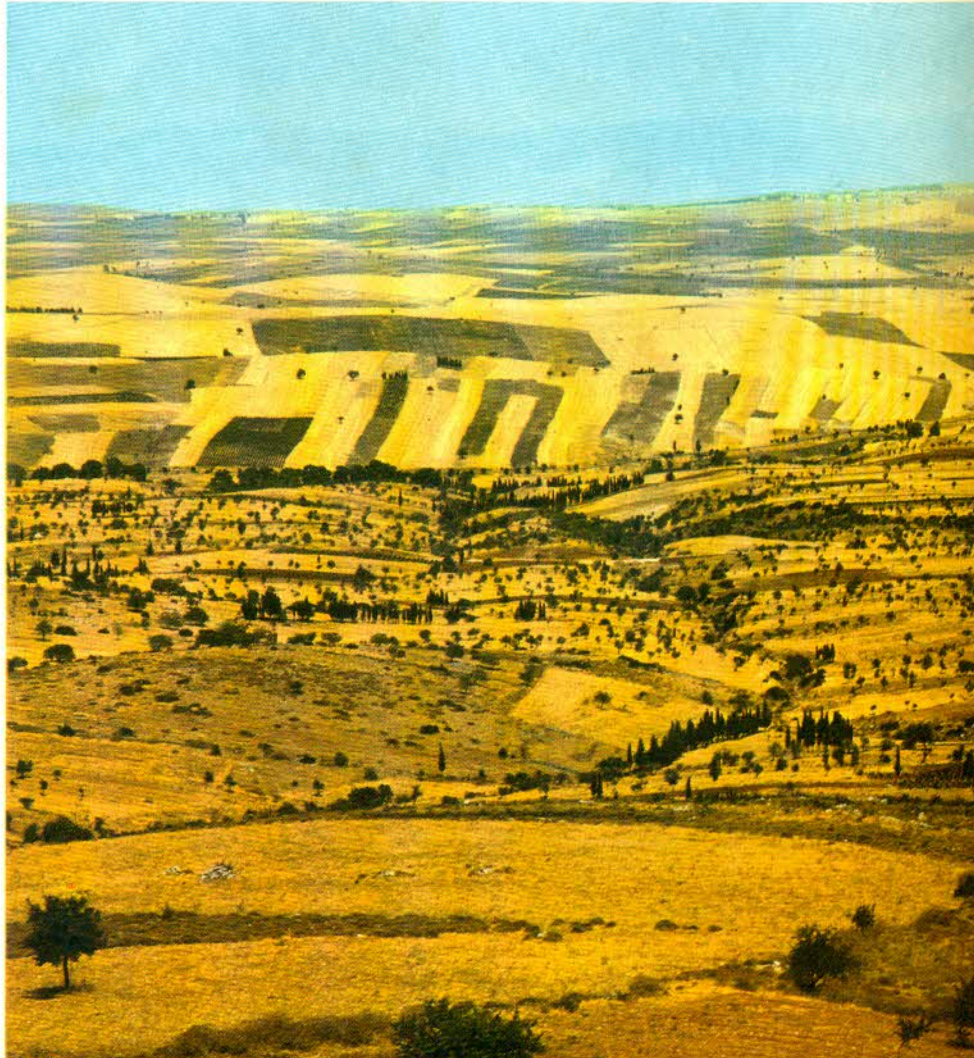
Guerrero herido, estatua del frontón del templo de Afaia en Egina (Staatl. Antikensammlungen und Glyptothek, Munich).

nio envió un embajador a Atenas para proponer la paz, ofreciéndose hasta a reparar los desastres ocasionados por la invasión. Naturalmente que esto había de ir acompañado con el reconocimiento, por parte de Atenas, de la soberanía del gran rey, aunque fuera sólo nominal. El embajador de Mardonio era el propio rey de Macedonia, un antecesor del gran Alejandro, que más tarde debía acabar con el Imperio persa.

Sin embargo, la lucha final, la que obligó a los persas a no pensar más en Europa, se desarrolló casi sin la participación de los atenienses. El lugar era todavía tierra de Atenas, la llanura de Platea, al otro lado del monte Citerión, que los atenienses se habían anexionado pocos años antes; pero ocupados en reconstruir su ciudad, los atenienses habían dejado a los espartanos el cuidado de vigilar al ejército persa, acampado cerca de Platea. Después de una serie de acciones tácticas, principalmente para disputarse la posesión de unos manantiales, un día caluroso del mes de agosto del 479 los dos ejércitos llegaron a trabar la batalla decisiva. Al tener noticia de lo que ocurría en Platea, los atenienses corrieron al campo de batalla, en donde no tenían más que un pequeño destacamento. A su llegada puede decirse que la victoria ya estaba decidida. Más tarde quisieron disminuir la gloria de Esparta, haciendo de Atenas el protagonista de la batalla de Platea, como lo había sido de las de Maratón y Salamina. El crédulo Heródoto aceptó la versión ateniense, y así, según su relato, el *demos* venció a Mardonio, como había vencido a Jerjes y Darío. La fortuna había deparado a la democracia triunfante no sólo la oportunidad de vencer a los grandes monarcas del Asia, sino también un cantor que idealizaría sus victorias. Heródoto es el Homero de la Historia. Si como historiador exagera o se equivoca, lo hace para enaltecer aún más la gloria de Atenas..., y error o exageración en favor de Atenas son faltas que la humanidad perdona fácilmente.

Para más glorificación, el teatro aprovechó como asunto de las tragedias el tema de las guerras médicas. El más grande autor, Esquilo, había combatido en Salamina, y Sófocles, que le sigue en mérito e inspiración, había visto el regreso de los vencedores. Ambos compusieron dramas que todavía hoy proclaman la victoria de la democracia sobre el gran rey, que pretendía imponer el imperio universal. Salamina no es sólo una acción de guerra, sino un símbolo y un estímulo para las generaciones.

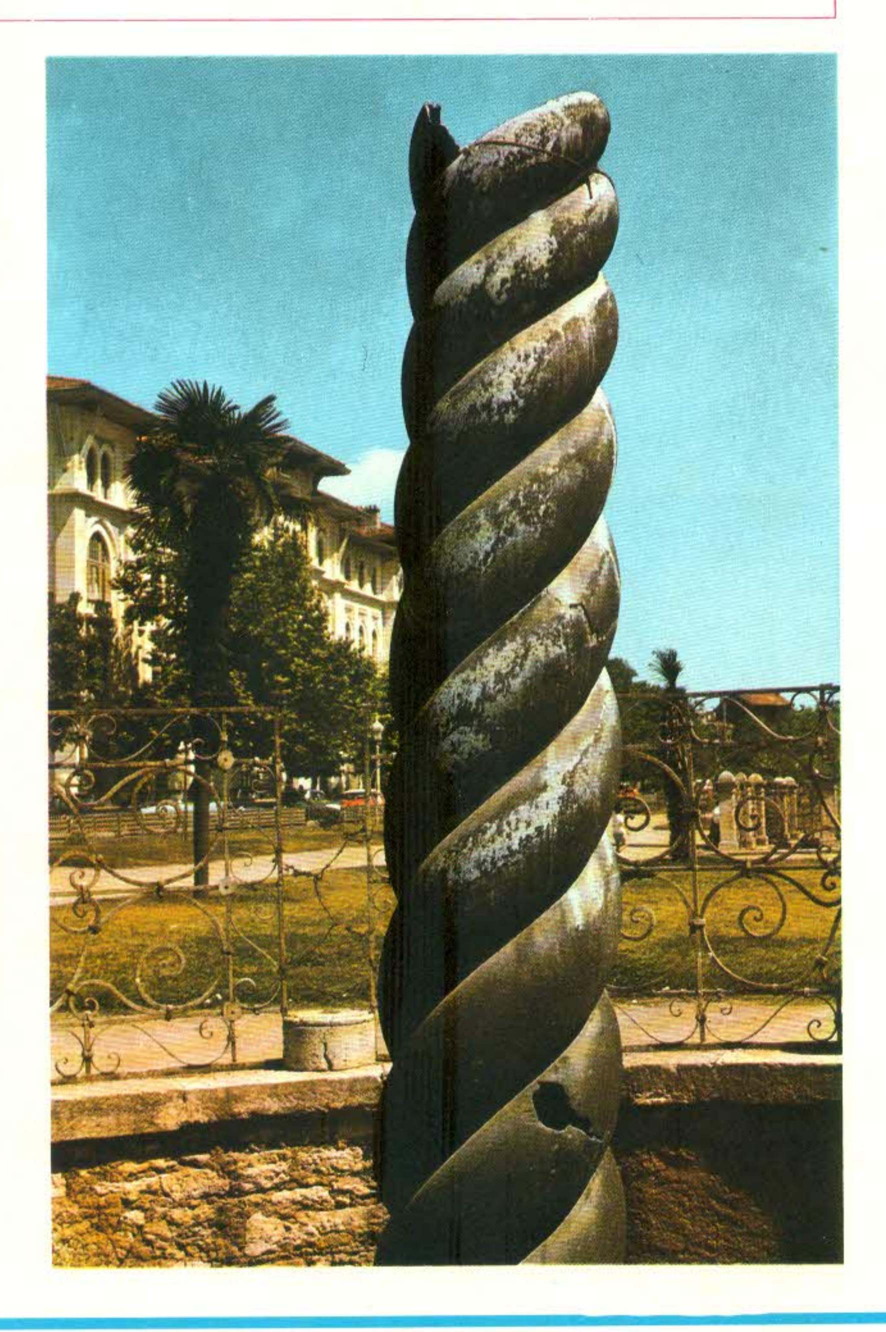




Panorámica del lugar donde se libró la batalla de Platea, aquella en que los espartanos derrotaron a los persas.

BIBLIOGRAFIA

Athens (478-402)	Volumen V de "The Cambridge Ancient History", Cambridge, 1964.
Coussin, P.	*Les institutions militaires et navales de la Grèce,* París, 1932.
Chamoux, F.	*La civilización griega,* Barcelona, 1967.
Ellus, J.	*Histoire des Institutions de l'Antiquité,* París, 1963.
Grundy, B. G.	*The Great Persian War and its preliminairs,* Londres, 1901.
Levêque, P.	*La aventura griega,* Madrid, 1968.
Maisch-Pohlhammer	*Instituciones griegas,* Barcelona, 1951.
Renzo, F.	*La finanza antica,* Milán, 1951.
Zimmern, A.	*The Greek Commonwealth,* Londres, 1961.



Columna de serpentina erigida en el templo de Apolo en Delfos para conmemorar la victoria de Platea. Actualmente está en lo que fue hipódromo de Bizancio.